

Movimiento popular: politización y democracia

Mario Alburquerque y Bernarda Gallardo

A pesar que sobre el carácter del régimen impuesto en Chile desde 1973 se ha escrito y hablado mucho, nos interesa volver sobre el tema centrándonos en sus implicaciones para el proceso de constitución del sujeto popular democrático. Esto es especialmente importante cuando parece que el meollo del proyecto político autoritario está justamente en evitar que los sectores dominados se articulen políticamente.

El Estado existente en Chile hasta 1973 partía de una premisa distinta. El aparato estatal era compartido por los diversos agentes sociales representados políticamente (partidariamente) en él. La lógica principal era la de la ampliación de los espacios de participación ciudadana y la extensión de ella al conjunto de los chilenos. Era sin embargo un proceso con múltiples contradicciones, donde subsistían realidades tales como el sufragio universal (que sólo llegó a perfeccionarse al integrarse masivamente el voto femenino en la década de los 50) con instancias como el poder judicial, prácticamente inmutado desde la época del Estado oligárquico.

Desde nuestro punto de vista, la principal contradicción del proceso de democratización pre-73 está en el progresivo perfeccionamiento de los mecanismos democráticos formales y el subdesarrollo relativo de la sociedad civil. Con esto queremos decir que el aparato estatal, cuya forma predominante era parlamentaria, desarrolló una lógica autónoma respecto de los sectores sociales que supuestamente constituían su sostén. Nos referimos a un fenómeno (en que otros ya han reparado) a partir del cual los sujetos sociales se hacen conscientes de sus intereses particulares y de la importancia de la participación en el aparato estatal como medio de hacerlos valer ante la sociedad. Conjuntamente con este proceso de corporatización de la demanda social, se produce una instrumentalización de la democracia como mecanismo de acceso a los beneficios del Estado.

De este modo, el Estado preexistente es capaz de reconocer la legitimidad de la demanda democrática y de acoger la presión por integración de los agentes sociales, a pesar de la fuerza con que muchas veces se opusieron las tendencias antidemocráticas subsistentes. Sin embargo, el aparato del Estado, junto con no expresar en plenitud esa tendencia profunda hacia la democratización, no logró romper las tendencias a la corporativización de los agentes sociales. El proceso de constitución de un Estado nacional (es decir inclusivo del conjunto de los actores sociales desarrollados políticamente) no se completa, y sus deficiencias dificultan a la vez el propio desarrollo político de los

agentes sociales destinados a forjarlo.

Desde el punto de vista de los sectores populares, entonces resalta el que su participación en las esferas estatales como actor autónomo no esté vedada, sin que ello signifique necesariamente un abandono de las tendencias corporativas (en el marco conceptual de este trabajo: exclusivamente igualitaristas). Esto no es contradictorio con el hecho histórico de que los sectores populares impulsaran permanentemente las transformaciones democráticas del aparato estatal, ya que ellas eran funcionalizables en una estrategia corporativa. Pero, es ese impulso, entre otras causas, lo que va a terminar con el orden existente entonces.

El golpe de 1973 implica una ruptura no sólo en el plano institucional (el que se grafica en la captura del aparato estatal por las FF.AA.), sino también en la orientación global del

Estado.

Lo más trascendente del proyecto de Pinochet no está entonces en haber convertido al aparato de Estado en un mero instrumento de las clases dominantes. Es cierto, en todo caso, que el carácter reactivo del golpe militar —su intención de frenar el proceso de movilización social previo— tiende a exacerbar la autonomía del aparato respecto de la sociedad. La cúpula superior de las FF.AA. asume la conducción del aparato casi sin otorgar ningún espacio de participación ciudadana. Las clases dominantes renuncian a ejercer el poder y delegan su representación en los militares y la tecnocracia que se hace cargo de la política económica.

Falsas disyuntivas

Pero, más allá de su carácter reactivo, el régimen militar impulsa un intento destinado a fundar un nuevo Estado nacional, a generar un

El texto es parte de una ponencia preparada por los autores con el título de *Movimiento popular y politización en el proceso de democratización* para un seminario sobre *Redemocratización de la Sociedad Chilena* que no llegó a efectuarse; se han omitido las notas al pie.

nuevo consenso ciudadano que consagra la exclusión de las expresiones políticas autónomas de los sectores populares. La discusión sobre si el régimen es esencialmente "contrarrevolucionario" o "fundacional" es para nosotros una disyuntiva falsa. Es una maquinaria represiva que resalta su carácter de tal en una lógica de guerra. Pero, a la vez, esa maquinaria es utilizada para generar nuevos comportamientos sociales y "modelar" la sociedad civil en un sentido que haga viable la gestación de un nuevo consenso político.

También es falsa la disyuntiva entre quienes creen ver un acrecentamiento del poder del Estado y quienes observan lo contrario. Se trata de una confusión de niveles: es indudable que el aparato burocrático-represivo adquiere un peso muchísimo más significativo respaldado en la monopolización en el

ejercicio de sus funciones. Y es ese mismo poder el que se utiliza para establecer el mercado como el gran regulador de las relaciones sociales, redefiniendo de esa manera el espacio de lo público y de lo político. Es un Estado que no busca representar a los diversos sectores sociales en su interior, que se define como resguardo de un consenso conseguido en el mercado.

El carácter antidemocrático del régimen militar, por tanto, no se refiere tan sólo al rompimiento con las normas institucionales de la democracia pre-73. Tiene que ver esencialmente con el giro involutivo dado al proceso de socialización del Estado del período 1938-73 y también con el estilo político autoritario que se emplea para lograrlo.

Cabe destacar respecto a esto último —que señala además el alto grado de autonomía y conflicto que el régimen militar desarrolla con la

sociedad civil— que el Gobierno fue avanzando en su proyecto de fondo en permanente contradicción con los sectores sociales organizados.

Así, el Plan Laboral, por ejemplo, cuya finalidad es reducir el papel de las organizaciones sindicales a la negociación periódica en el plano de la empresa, se impone pese a la oposición del movimiento sindical subsistente. Sin embargo, en este caso como en otros (ley de universidades, municipalización, asociaciones gremiales y en general las llamadas "modernizaciones"), el régimen confía en que su fuerza como expresiones de la sociedad civil es limitada y que puede —si no hacerlas desaparecer— enmarcarlas en un orden global distinto.

Estrategias distintas

Esta doble cara del Estado: aparato autónomo y perspectiva fundacio-

Sobre el trasfondo de la crisis nacional, para unos, y sobre la desintegración del país para otros, se yergue la pregunta por la juventud. Herederos de negras historias, se apuesta, para unos, por una radicalidad productiva, para otros, por una profundización de la desintegración.

Dos libros, dos intentos por conocer la juventud chilena y apostar por ella, en favor o en contra, ambos contienen largos tiempos de investigación, estudio y experiencia. Ambos contienen la radicalidad juvenil como pregunta central y título.

Es también la herencia de una ciencia social, también joven, casi hecha a mano, en los resquicios del poder. *La rebelión de los jóvenes* se basa empíricamente en una encuesta realizada a finales de 1983 en tres poblaciones de Santiago, a una muestra de 600 jóvenes de ambos sexos entre quince y veinticuatro años. *Razones y subversiones*, por su carácter colectivo en término de autores y por su opción de cubrir una variedad de temas, contiene investigaciones sistemáticas, testimonios directos de jóve-

nes y propuestas de acción, cubriendo juventud popular y estudiantil.

Eduardo Valenzuela: *La rebelión de los jóvenes (un estudio de anomia social)*; SUR, Santiago de Chile, 1984.

El autor apela a la tradición sociológica (de Durkheim a Germani y Leo Srole) para hacer las cuentas con los intentos modernizantes que movieron / conmovieron Chile desde los años 60 y dar cuenta del tipo de acción social juvenil hoy como expresión de crisis de modernidad.

Valenzuela analiza el experimento monetarista chileno, de inspiración hayekiana, en sus consecuencias para las relaciones sociales: rompe definitivamente con los mecanismos de integración normativa propios de la particular modalidad modernizante chilena (industrialización y asalarización sostenida del trabajo, migración rural urbana, extensión edu-

cacional, desarrollo de la participación política, etcétera"). Esta situación produce lo que denomina anomia: "La anomia ya no será la resultante de la descomposición de estados tradicionales sino efecto de la propia modernización. La crisis modernista se expresará pues como crisis de integración (desarticulación del mundo colectivo y empuje de la acción social, como dice Durkheim) y como crisis de identidad cultural (la desarticulación de los valores y certezas comunes que constituyen el orden social)." La desintegración normativa —en tanto el orden es producido por la cultura y no es un efecto automático de la economía— provoca en los jóvenes un conjunto de reacciones anómicas que Valenzuela —siguiendo a Srole— construye como: retraimiento o evasión (extrañamiento individual frente a la sociedad); retraimiento organizado o refugio (recuperación de la comunidad y recomposición de una

cultura propia); rebelión anómica inorgánica y agresiva (el asalto de los jóvenes contra el orden social constituido); y por último la movilización política radical (enfrentamiento global contra el Estado y la sociedad). En este esquema de conductas anómicas, Valenzuela clasifica el conjunto de la acción juvenil: desde la drogadicción a las comunidades eclesiales de base y la acción de protesta juvenil. La acción juvenil popular aparece pues signada por la profunda distancia respecto a las instituciones sociales, debido a su condición material de exclusión de los mercados de trabajo y a la penalización estatal. En sí misma, la juventud muestra un estado de dispersión/atomización y falta de horizontes.

Desde este enfoque, las acciones juveniles son entonces respuesta, reacción o defensa frente a los "rigores de la modernización". Los intentos por secularizar la cultura e imprimir un *ethos* racional a la conducta colectiva se ven frustrados precisamente por la última crisis de la modernización: el mo-

Lecturas

nal, va a dar origen a estrategias distintas de enfrentamiento por parte de la oposición. Por una parte, habrá quienes enfatizan una opción de *resistencia al aparato* y, por otra, quienes priorizan en una perspectiva de *resistencia en el seno de la sociedad civil*.

En un alto grado, la capacidad de implementación del modelo autoritario se ha visto resentida por la crisis económica (en la misma medida que su eventual éxito dependía de lograr un importante crecimiento de la economía). Esto no puede hacer desaparecer del análisis los intentos —muchas veces frustrados— por constituir un movimiento opositor sólido en el país antes de esa crisis. Más aún, la consolidación de una futura alternativa democrática obliga a dedicar atención a esos diversos intentos y a evaluar su eficacia.

Intentaremos identificar y carac-

terizar las distintas propuestas a partir de las cuales se ha convocado a constituir sujetos políticos (en el ámbito de la oposición). Nos interesa reflexionar, a la luz de lo planteado anteriormente, respecto a los perfiles democráticos y/o populares presentes en ellas.

La propuesta "liberal"

Lo medular del discurso aquí llamado "liberal" ha estado en la invocación a la ciudadanía a exigir el respeto de los derechos humanos y ciudadanos. La argumentación central se erige sobre la base del respeto de los derechos elementales del individuo. A la vez, la defensa de la democracia se hace en función del reconocimiento y el compromiso que ella desarrolla con los derechos humanos.

La crítica al régimen tiene entonces una dimensión ética, en tanto

denuncia de las violaciones de esos derechos y una dimensión "operacional", en tanto denuncia de la enajenación del aparato estatal por parte de las FF.AA.

Se propone esencialmente restablecer las mediaciones formales (democracia parlamentaria) entre sociedad civil y aparato estatal, abriendo este último a la participación.

La bandera de los derechos humanos se levanta asimismo como elemento valórico cohesionador de la sociedad civil, adquiriendo un carácter estratégico derivado de su universalidad. Se los retoma (y de ahí el adjetivo "liberal") como factor de igualación social y de reducción del conflicto. A este último —el conflicto— se le reconoce existencia real y su inevitabilidad en el mundo moderno. De aquí la necesidad de subrayar los derechos universales y el consenso en la construcción de

netarismo. En cambio, reaparece con fuerza la apatía, el escepticismo, la agresión, la "restitución de mitos sacrificiales como el allendismo". Placer, sacrificio y compromiso ético defraudan fuertemente las orientaciones normativas de la modernidad: acción racional, maximización del beneficio, movilidad individual, orientación al logro, etcétera.

Irene Agurto, Manuel Canales, Gonzalo de la Maza (editores): *Juventud chilena: razones y subversiones*; ECO - FOLICO - SEPADE, Santiago de Chile, 1985.

Razones y subversiones se ubica al interior del habitat fragmentario y diverso de la acción juvenil "para crear un encuentro perdurable, que vaya rompiendo la segmentación y el aislamiento, los signos destructores del presente."

31 autores, de la ciencia social a la poesía, investigan, exponen y proponen desde una diversidad temática que cubre empleo, familia, protesta, violencia, movimien-

tos juveniles, creación cultural, exilio, la joven poesía, la infaltable Agrupación Cultural Universitaria (ACU), discursos juveniles, los acontecimientos y devenires del movimiento universitario, etcétera.

La apuesta es explícita: situarse desde los intentos parciales del presente para relevar la productividad juvenil: "La acción juvenil de estos años puede entenderse como un intento persistente, nunca triunfante, nunca derrotado, por superar la acción del poder: castigo y exclusión."

Al reconocimiento de las determinaciones materiales que enmarcan el ser joven ("Juventud y empleo: drama en tres actos y un epílogo"; "Ser joven poblador en Chile, hoy"; "Juventud urbano popular y familia"; "Juventud popular y protestas: un enfoque psicosocial"), le siguen un conjunto de artículos destinados a relevar/revelar las productividades ideológicas, simbólicas, políticas, culturales ("Drogas y sentido en la identidad juvenil hoy"; "Entre el silencio (el grito) y la

palabra); "Juventud poblacional: explicación y juicio sobre la violencia"; "Señores, la ACU ha muerto. Que viva la ACU"; "Marginados entre marginados: los jóvenes artistas"; "El movimiento estudiantil como aprendizaje político."

Sobre el trasfondo del país, sumido en una crisis de hegemonía, donde ningún proyecto convoca hoy a Chile, donde "cada actor social debe intentar la lucha por ser y proponer, sobre el vacío y la fuerza", la acción juvenil no termina en la contestación: en cada intento, en cada explosión, en cada rayado y canción, se encuentran actos y sentidos colectivos, huellas "ni triunfantes ni derrotadas."

De la producción de nuevos sentidos libertarios, de la producción de nuevos encuentros aún fugaces, de la creación simbólica y ética, surge sin embargo, una multiplicidad de sujetos parciales que se reproducen en su dispersión, trozados por la operatoria fáctica del poder sobre aquellos que "no tienen más poder que su propia explosividad". Pero se insiste

en el encuentro, se ensayan nuevos caminos sobre la historia propia, sobre las señas de identidad mínimas. El movimiento estudiantil acumula hacia federaciones propias, hacia el encuentro que persiste y produce. El movimiento juvenil popular, a falta de espacios institucionales de acumulación, se ve "obligado a la fiesta y el sacrificio, el trabajo y el gasto."

El libro se interroga sobre el futuro: de los jóvenes, del país. Se pregunta por ese futuro hoy oscuro. Se pregunta por las condiciones económicas, sociales, políticas de una democratización donde las generaciones jóvenes tengan lugar y participación ("¿Nueva generación política?"; "Entre la ilusión y la desesperanza"; "Estado, demandas populares y preguntas sobre la juventud"; "El movimiento juvenil popular: realidad y propuesta"). No habrá estabilidad política sin la involucreción activa de los excluidos. No habrá una voz nacional sin el grito y el silencio que cubre el territorio de estos años. Irene Agurto (X)

los mecanismos institucionales que regulen el conflicto y el uso del aparato estatal.

De aquí surge la contradicción con el régimen, el que por su carácter excluyente y el uso monopólico del aparato no puede cooptar para sí el discurso liberal democrático. Se genera entonces una situación paradójica donde, a pesar que la propuesta "liberal" tiene como eje de su perspectiva a la sociedad política (aparato del Estado), se ve obligada a sustentar sus aspiraciones en la sociedad civil. El espacio de la manobra política, aunque nunca abandonado por esta línea, se ve considerablemente reducido. De esta forma el discurso democrático necesita asentarse sólidamente en la sociedad civil.

El cómo busca conseguir tal asentamiento ya está insinuado: invocar a la recuperación de los valores intrínsecos de los derechos humanos y la democracia (como extensión política de los mismos). Pensamos que este planteamiento conecta con la revaloración de tales derechos, derivado de la defensa de la sociedad civil invadida y atacada por el aparato represivo. En esta conexión ha estado su mayor fuerza y potencialidad durante estos años. De aquí también deriva su extensión hacia aquellas expresiones populares más afectadas por la represión estatal directa.

Sin embargo, esta propuesta no tiene en su formulación más pura una vocación popular. El cuestionamiento de las esferas de desigualdad social no forma parte del discurso que levanta. Insistimos: en esta perspectiva la desigualdad se

reduce a su forma político-jurídica y la reivindicación igualitarista se subsume en ella misma.

Por esta razón, los intentos por erigir sujeto político democrático en esta versión liberal al interior de la sociedad civil, sólo alcanzan una expresión social significativa en sectores donde el problema de la desigualdad social no adquiere sus aristas más dramáticas (por llamarlas de algún modo). De modo positivo, un discurso de esta especie tiene una mayor posibilidad de interpretar a sectores donde el contenido ético-ideológico es más importante (intelectuales, cristianos) y a aquellos sectores desplazados del aparato estatal como consecuencia de su nueva forma (clase política, intelectuales y profesionales, eventualmente burocracia del Estado).

De aquí también que el acercamiento de este planteamiento a los sectores populares se haya dado bajo la forma de una fusión ideológica, donde la defensa de los derechos individuales se hace una característica de discursos populares surgidos de la contradicción igualitaria.

Para sintetizar nuestra evaluación de esta propuesta, diríamos que no logra consumir su propósito de afincarse por sí misma en la sociedad civil y gestar un sujeto democrático (en nuestro lenguaje, exclusivamente libertario). Sin embargo, ello no niega la posibilidad de constituir sujetos democráticos en la sociedad civil. Por el contrario, afirma que es precisamente allí el único lugar donde es posible gestarlos, siempre que se asuma la condición de ligarlos al problema de la desigualdad social real.

La propuesta "obrerista"

Esta perspectiva invoca a la constitución del "proletariado" como sujeto. Supone que el interés de clase del proletariado (la contradicción que pretende desarrollar surge de la producción) es universal. Esto quiere decir que el propio desarrollo de las características del proletariado provocan la transformación. Se parte de la base que el proletariado puede entonces resumir las reivindicaciones igualitarias y libertarias.

Las primeras son retomadas en su sentido anticapitalista, las segundas derivan del carácter de clase del Estado. Al Estado se lo considera un aparato en manos de la clase dominante, cuya función es la represión del proletariado. El fin de las clases dominantes —como consecuencia del desarrollo de la contradicción antiburguesa— lleva pues lógicamente al fin del Estado.

En sus versiones empíricas esta propuesta ha buscado afincarse en los sectores obreros a los que ha tratado de hacerlos tomar en sus manos los objetivos históricos del proletariado. Así, aunque históricamente los intereses obreros se ligaron a dichos objetivos de manera bastante mediada, se pasó a identificar la categoría teórica del proletariado con las manifestaciones empíricas de la clase obrera. De esta manera se le otorga un contenido doctrinario a la acción obrera (esta propuesta se convierte, en buena medida, en ideología de los obreros), de una manera acrítica de sus manifestaciones corporativas (a las que hacía referencia anteriormente).

El proceso de politización tiene dos caras esenciales: la acumula-

NO REVIVIR SITUACIONES DOLOROSAS

"Señor director: Hace ya bastante tiempo que alguien, enquistado en Televisión Nacional nos obliga, sobre todos en provincias donde no hay alternativa, a ver películas altamente depresivas. Así, no ha dejado de incluir en la programación ninguna que trate de algún niño o adulto gravemente enfermo, haciéndonos participar o revivir situaciones dolorosas. Asimismo, goza cuando encuentra otra película en que exista un grupo de malos bien malos, que abusan de personas, familias o pueblos completos en una manifiesta injusticia..."

Carta a *El Mercurio*, Santiago de Chile, 14 de septiembre de 1986.

ción partidaria y la confrontación con el Estado. La visión del Estado como aparato lleva a hacer de la política exclusivamente el proceso de su conquista por el proletariado. Esto le da importancia al partido como avanzada de la lucha política.

De allí que la evaluación de los éxitos de esta propuesta está —para ella misma— basada en los grados de conflicto entre el Estado y la clase obrera como indicador de politización y en los avances organizativos, numéricos y electorales (cuando hay elecciones) del partido.

La democracia —al igual que en la propuesta “liberal”— sólo es una de las formas que el Estado adquiere y su importancia estratégica es funcional al proceso de lucha por la conquista del poder estatal.

La mayor contradicción que surge entre el régimen y esta perspectiva es que, a pesar de lo dicho, ella logra desarrollar expresiones políticas populares autónomas capaces de poner en cuestión la dominación. De allí la fuerte represión de que es objeto, haciendo reforzar su visión aparatista del Estado y la dimensión de confrontación de la lucha política. Esta propuesta toma así el desafío de enfrentar al aparato estatal incluso asumiendo su lógica de guerra.

La desigualdad en los términos de la confrontación lleva a variar el eje de acumulación política desde el partido (donde estaba puesto antes del 73) hacia las masas. El intento ha sido desarrollar la lucha reivindicativa en una perspectiva de confrontación con el Estado. Sin embargo, las condiciones previas a la actual crisis, hicieron poco viable la direccionalidad estatal de las de-



mandas reivindicativas, lo que se tradujo en una acumulación bastante escasa. No se logra romper el círculo vicioso que suponía la débil fuerza oponible al aparato estatal y la búsqueda de la confrontación de la sociedad con el régimen.

Nuestra evaluación de esta propuesta es que su visión economista de la sociedad y aparatista del Estado (su visión de la política como confrontación y maniobra) le impone reconocer la importancia estratégica de la demanda sustantiva por la democracia en la oposición al régimen. Aunque persiga por momentos afianzarse en la sociedad civil, lo hace de una manera inadecuada, tratando de derrotar al aparato represivo por la vía de la acción reivindicativa. De este modo, sus expresiones se restringen al plano ideológico como referente de identidad obrera y de resistencia política (donde adquiere su mayor eficacia).

La propuesta de “reconstrucción del tejido social”

Otra perspectiva presente en la oposición y que se ubica en el

campo de los sectores populares es la de “construcción del tejido social” o de “renovación del movimiento popular”.

Esta parte de afirmar al “pueblo” como sujeto político y como centro de los procesos de democratización. El pueblo es sinónimo de sectores dominados en una idea global de la dominación a la vez económica y política. La afirmación de un sujeto popular es consustancial al propósito de superar la dominación, priorizando en los elementos políticos e ideológicos que aseguren tal objetivo.

El lugar privilegiado desde donde se propone construir al pueblo como sujeto político, es la sociedad civil. Cuando piensa al Estado, fija mucho más la atención en la posibilidad de que sea síntesis expresiva de los valores nacionales y populares que en el carácter y función del aparato estatal. Más aún, en general es crítica y reactivo frente a los espacios propios de la sociedad política.

En consonancia, la democracia que postula es mucho más la construcción de un nuevo Estado (que retome y profundice la orientación democratizante de las décadas de

PERDEDORES SIEMPRE

“Diez minutos después de haberla recibido, dice la corresponsal norteamericana, el primer mandatario se levantó, se dirigió a la puerta y dijo que los EEUU no estaban en posición de aconsejarle cómo tratar con el marxismo leninismo en Chile porque ‘ellos nunca han ganado una guerra’. Parando un momento, para precisar, expresó que ‘la segunda guerra mundial fue ganada por los rusos, luego la guerra de Corea la ganaron los rusos, en Vietnam los rusos vencieron, en Nicaragua Rusia ganó. ¿Y en Irán, quién ganó?’

“Luego dijo ‘Good bye’ y se alejó por la puerta.”

Retranscripción de entrevista a Augusto Pinochet en *The New York Times*, *El Mercurio*, Santiago de Chile, 14 de septiembre de 1986.

los años 30 a 70) que la conquista del aparato del Estado. Su utopía se aproxima a la idea de una "autoefectuación masiva del Estado". Se propone, por tanto, un ordenamiento estatal que exprese progresivamente el desarrollo de la sociedad civil.

Pero, el contenido popular del sujeto que quiere gestar, exige desarrollar la contradicción con el capitalismo como sistema de desigualdad. Se entronca de esta manera con las manifestaciones históricas del movimiento popular en Chile, proponiendo la "renovación", en especial, del tipo de vinculación con la política que éste poseía. De aquí la ruptura con una visión aparatista del Estado y de la política como maniobras, lo que es complementario a la aspiración de superar el corporativismo de las reivindicaciones populares. A esta perspectiva no le basta, por tanto, que una determinada reivindicación se confronte con el aparato estatal para expresar el conjunto de potencialidades políticas adscritas a la demanda contra la dominación. Más bien, el desarrollo de esas potencialidades está ligado al surgimiento de valores (con una connotación cultural) capaces de llegar a expresarse de manera estatal. Estos valores son ideas y prácticas extendidas entre los sectores dominados. La estrategia de transformaciones pasa a ser así esencialmente la gestación de conductas de contrapoder que por su extensión y profundidad adquieran un carácter estatal y nacional.

La opción de esta propuesta por la sociedad civil no tiene un carácter

meramente coyuntural (como creemos ver en los discursos precedentes). Es en primer término un intento por hacer surgir, de la propia sociedad, sujetos con virtudes políticas que hagan fracasar el proyecto de refundación del Estado nacional que el régimen impulsa. Sin embargo, es también una estrategia de democratización permanente de la sociedad.

Algunas limitaciones

Sin desconocer las posibilidades democráticas y populares de las formulaciones de esta propuesta, cabe señalar algunas limitaciones que han encontrado a la hora de su concreción.

La primera, refiere a la falta de valoración del aparato del Estado y su acción (negativa o positiva) en la sociedad civil. Se ha tendido a pensar que las experiencias contrahegemónicas pueden desarrollarse de idéntica forma en cualquier situación, haciendo abstracción del carácter del aparato estatal. Esto se expresa en un aparente apoliticismo de dichas experiencias. Lo anterior se complementa con un desarrollo insuficiente de la contradicción libertaria que se releva de las violaciones de los derechos humanos y ciudadanos como traba concreta al proceso de reconstrucción social. La fusión ideológica de la que se habla al analizar la propuesta "liberal" ha sido aparentemente limitada.

Un segundo elemento está ligado a la connotación cultural de las prácticas de contrahegemonía. Muchas veces se las ha desvinculado

de la cultura nacional (como expresiones propias no contaminadas) y a limitar sus posibilidades políticas, las que están determinadas precisamente por la eventualidad nacional de dichos valores.

Un tercer factor es la tendencia a la contracción de la idea de reconstrucción del tejido social a la dimensión organizacional. La perspectiva de reconstrucción de sujetos políticos en la sociedad civil se restringe así a las modalidades (métodos, principios) de expresión democrática en el seno de las organizaciones.

Otra limitante, esta vez de carácter objetivo, está dada por la experiencia histórica de los sectores populares, la que apunta a recuperar sus características corporativas y a la relación tradicional con el ámbito político.

El conjunto de estas limitaciones ha contribuido a que tampoco esta propuesta haya logrado plenamente su objetivo de constitución de sujetos en el seno de la sociedad civil.

Un país de los chilenos

Hemos querido avanzar criterios que ayuden a reflexionar sobre el problema de la democratización de Chile. Reiterando algunos conceptos concretos, nos parece que lo esencial del proceso democratizador está en la incorporación plena de los sectores populares a la construcción de un Estado nacional que sea progresivamente expresivo de los intereses mayoritarios.

Tras el levantamiento de las reivindicaciones clasistas, haciendo abstracción del antiautoritarismo implícito en ellas, se esconde el peligro autoritario y antidemocrático. Tras la reivindicación libertaria que haga abstracción del problema de la desigualdad, se incuba el riesgo del descompromiso popular con la democracia y la seguridad de la inestabilidad de los procesos de democratización.

Un creciente desarrollo del pueblo como sujeto político democrático, antiautoritario e igualitarista puede, a nuestro juicio, ser la garantía más sólida de la construcción de un país que sea efectivamente de los chilenos. (X)

**"He observado, —dijo el señor K—
que mucha gente se aleja, intimidada,
de nuestra doctrina, por la sencilla razón
de que tenemos respuesta para todo.
¿No sería conveniente que, en interés de la propaganda,
elaborásemos una lista de los problemas
para los que aún no hemos encontrado solución?"**

Bertolt Brecht

Socialismo y movilización social

Carlos Montes

El socialismo en sus distintas vertientes ha carecido de una propuesta y una práctica movilizadora capaz de abrir cauces efectivos a la subjetividad popular de ruptura y estimular la activación y politización de los amplios sectores sociales que aún no participan en la lucha democrática.

En los hechos no ha puesto en juego una conducción autónoma y creativa para la movilización social. Sus esfuerzos más fecundos han estado en otras dimensiones de la acción democrática: trabajo de base, construcción de organizaciones sociales, concertación y propuesta política global, trabajo intelectual.

Los planteamientos y acciones socialistas (reconstitución y renovación de los movimientos sociales, democratización de la sociedad, protagonismo popular, desobediencia civil, ingobernabilidad) no han logrado forjar una real capacidad de convocatoria e iniciativa popular, y han quedado subsumidas entre la estrategia insurreccional del PC y la visión utilitaria, predominante en la DC, que la reduce a una simple fuerza de presión social.

El momento actual, de retrocesos de la movilización social y de intentos de reponerla, exige al socialismo superar deficiencias y elevar su aporte. Las posiciones que en su seno ponen en duda la eficacia democratizadora y transformadora del movimiento y participación del pueblo, tienden a renegar de opciones constitutivas del socialismo y en nada ayudan a resolver los reales desafíos.

Reponer la movilización social pasa por enfrentar tres problemas centrales:

a) Una nueva ligazón entre movilización social y proceso político. La falta de resultados decisivos y el escaso sentido político coyuntural,

fueron desgastando la acción popular y ciudadana. El paro nacional fue planteado como una fórmula que terminaría con el régimen, pero los acontecimientos del 2 y 3 de julio demostraron que la importante paralización de actividades no provocó cambios políticos sustantivos.

b) Delinear horizontes políticos claros. El socialismo debe seguir sosteniendo que la concertación, la movilización y la demanda social tienen un valor político en sí mismos, en cuanto expresan el desarrollo del impulso democrático, dan presencia a los intereses populares y nacionales, representan una defensa ineludible de los derechos humanos, sientan bases del bloque por los cambios para la reconstrucción del país, abren espacios de entendimiento entre la izquierda y el centro. La Asamblea de la Civilidad es el mejor eje articulador de las iniciativas sociales.

Ese sentido político de fondo es fundamental, pero no es suficiente. Se requiere de una estrategia de acción consistente que ponga la movilización social como un factor eficaz para la salida política. La movilización social debe buscar gravitar en los procesos políticos concretos y, específicamente, en el problema de la sucesión presidencial y en las contradicciones de Pinochet con las FFAA, el gobierno de EE.UU. y la derecha política. Postulando y luchando por elecciones libres, junto con las reformas y medidas que las posibiliten, se puede llegar a una real eficacia política. El Movimiento por Elecciones Libres puede ser el lugar de articulación entre demanda social y demanda política, entre la Asamblea de la Civilidad y los partidos.

c) Recrear el modelo de movilización social. Las sucesivas protestas están en la base de los avances acumulados por la oposición, pero se mostraron limitadas para incor-

porar cotidianamente a las mayorías y para interpelar dimensiones más diversas de la ciudadanía. Reponer la movilización social exige superar el modelo de las protestas. La Asamblea de la Civilidad insinuó un modelo que el socialismo debería reafirmar y profundizar en la práctica. Movilización amplia y plural (y no sólo de los grupos más decididos); exclusivamente civil (y no armada); organizada en comunas y provincias (y no espontánea); poniendo en el centro los problemas de las mayorías (y no sólo contestataria); combinando objetivos y acciones comunales, sectoriales y nacionales (y no sólo grandes hechos nacionales con propósitos generales).

Desde 1983, la movilización se sostuvo en un cierto acuerdo político de centro e izquierda. Este proceso se interrumpió con las evidencias de la opción militar del PC y con la política excluyente de la DC. En la actualidad, el socialismo se ve en medio de una confrontación política en que la DC trata de aislar al PC y reducir su influencia, y el PC contrataca a la DC deteriorando su legitimidad popular y denunciando su entreguismo negociador. En medio de esta pugna, la movilización social, la Asamblea de la Civilidad, el Cónclave de Izquierda, las Bases de Sustentación del Régimen Democrático, la búsqueda de caminos de salida política, tienden a ser campos de disputa de otros problemas.

El socialismo tiene el desafío de poner los temas de interés popular y nacional por encima de las disputas parciales. De vitalizar el entendimiento entre el centro y la izquierda en esta perspectiva. De darle una nueva jerarquía a su política de movilización social, fortaleciendo su papel como fuerza con responsabilidad nacional, decididamente defensora de los intereses populares y claramente autónoma y de izquierda. **X**